

Josep Fontana: "Hemos llegado a niveles de desigualdad similares a los de los años 20"

Pau Casanellas

20 octubre 2015

(Traducción de Jordi Domènech)

Josep Fontana (Barcelona, 1931) es probablemente el historiador catalán vivo de mayor prestigio internacional. De formación marxista, Fontana también ha destacado por una larga trayectoria de compromiso político e intelectual. Militante del PSUC hasta 1977, momento en que abandonó el partido desengañado por su evolución, últimamente ha apoyado la candidatura de Barcelona en Comú. Entre su extensa obra destaca *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820* (1971), *La crisis del Antiguo Régimen en España* (1979), *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982) o *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011). Su último libro es *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya* (2014).

Al final de Por el bien del imperio te muestras muy esperanzado con la movilización surgida a raíz del 15-M, que comparas con las revoluciones de 1848.

Sí, es importante la capacidad de la gente para movilizarse, el problema es que esta movilización tiene unos límites. En el caso de los indignados, mientras los jóvenes protestaban en la plaza de Catalunya o en la Puerta del Sol, sus padres continuaban votando a CiU o al PP. Es interesante que haya movilización en la calle, pero la movilización por sí sola es incapaz de cambiar las cosas.

Desde mediados del siglo XIX, las clases trabajadoras de las sociedades occidentales han tenido dos instrumentos centrales de lucha: el sindicalismo y la huelga general. ¿Hoy siguen siendo instrumentos válidos?

Los instrumentos de lucha colectiva pueden ser muchos y siempre son interesantes. Todas las actuaciones públicas, de la clase que sean, son relevantes porque ayudan a crear conciencia de los problemas que padecemos. Mi primera norma política es: lo único que no es lícito es resignarse. Ahora bien, las reglas de juego se fijan desde los gobiernos. Lo que es importante es el control del aparato político. Hay todo un sector de la izquierda, gente como Richard Wolff, que plantea el cooperativismo de producción como una al-

ternativa al capitalismo. Pero tú puedes hacer lo que quieras en Mondragón, que si la política económica es dominada por un gobierno de derechas, no conseguirás gran cosa. Recuerdo una canción que cantaban los presos de Sendero Luminoso con la música de la *Varsoviana* (que aquí se utilizó como melodía de la canción *A las barricadas*), que decía: "Salvo el poder, todo es ilusión." Es exagerado, pero acaba siendo verdad: o tienes capacidad para influir sobre quien hace las leyes o es muy difícil que puedas cambiar demasiadas cosas.

Las protestas del 15-M se centraron mucho en problemas como la corrupción o el bipartidismo. ¿Podría decirse que son reivindicaciones similares a aquel grito de las revueltas preindustriales que decía "Viva el rey, muera el mal gobierno", en el sentido de que no hacen un planteamiento global?

Es posible, pero hay que tener en cuenta que para movilizar a la gente primero hay que hacerla pensar. No es fácil concienciar a la gente con un discurso global, especialmente cuando todo el entorno impone un discurso conservador. Un fenómeno paradójico que se ha dado desde el siglo XIX, es que cuando el sindicalismo empieza a tomar fuerza como instrumento de movilización de los trabajadores, al mismo tiempo se convierte en un elemento estabilizador, mantiene la protesta controlada por medio de las negociaciones con la patronal. Algo similar ha ocurrido con los elementos del Estado del bienestar: por más que supongan un avance, también han ejercido un efecto paralizador. Acumular conciencia crítica y denunciar las cosas que no van bien es positivo porque en cualquier momento este sedimento puede adquirir una mayor envergadura y convertirse en una fuerza de cambio. Denunciar la corrupción permite visualizar la falsedad del discurso dominante. Aunque es evidente que esto es sólo una parte del análisis y que hay que ir más allá.

¿Qué programa de propuestas habría que plantear? ¿Asumirías la propuesta de Stéphane Hessel de recuperar el programa del Consejo Nacional de la Resistencia francés?

En el fondo, el programa del Consejo Nacional de la Resistencia es un programa socialdemócrata, y una de las grandes esperanzas del siglo XX han sido las propuestas de la socialdemocracia. Pero este modelo no intentó cambiar lo suficiente la sociedad y quebró, de la misma manera que la otra vía del socialismo, el comunismo, también falló. Actualmente, uno de los problemas más importantes a que nos enfrentamos es el aumento de la desigualdad, un fenómeno de dimensión política —no sólo económica— que empezó en todo el mundo en los años 70. En aquel momento se puso fin a lo que podríamos llamar la etapa más feliz de la socialdemocracia a escala mundial, iniciada en 1945, durante la cual se consiguió que los empresarios pagaran impuestos elevados —lo cual permitía financiar políticas sociales— y que los sindicatos tuvieran peso y capacidad negociadora. Sin embargo, desde 1970-1975 se ha impuesto un discurso de la crisis que dice que es necesario fomentar el crecimiento económico por medio de una rebaja de impuestos, lo cual configura un Estado cada vez más débil. Al mismo tiempo, ha tenido

lugar una especie de venta del aparato del Estado a los intereses económicos: los gobiernos establecen regulaciones en función de los intereses empresariales. Lo primero que debería hacer cualquier partido que se defina de izquierdas es luchar para defender lo que queda del Estado del bienestar (la educación y la sanidad públicas y las pensiones), para mejorar los niveles salariales, y para recuperar la capacidad de negociación de los trabajadores liquidando la reforma laboral. Todo esto son cosas elementales que la gente puede entender. No se trata únicamente de predicar una sociedad futura ideal, sino, sobre todo, de defenderse del retroceso que hemos padecido en las últimas décadas.

Algunos sectores hablan de la necesidad de una nueva política que supere la antigua diferenciación entre derecha e izquierda. ¿Qué opinas?

No he seguido demasiado estos discursos, pero, casi siempre, quien ha rechazado la idea de derecha e izquierda ha sido la derecha. El discurso falangista de José Antonio Primo de Rivera decía precisamente que ellos no eran de derechas ni de izquierdas, y todavía más importante —y es una característica propia del fascismo—, que ellos no tenían programa ni teoría. Ser de izquierdas significa no estar de acuerdo con el estado de cosas actual y tener voluntad de cambio en un doble sentido: el aumento de la libertad y de la igualdad. Esto es lo que define un programa de izquierdas. Albert Soboul, historiador de la Revolución francesa, lo definió así: "La defensa de la mayor igualdad posible dentro de la mayor libertad posible."

Decías que uno de los principales retos que tenemos actualmente es la desigualdad...

Las curvas para calcular la desigualdad se han vuelto a situar en los niveles de los años 20. Y el problema no es sólo de niveles salariales, sino también de las nuevas condiciones de trabajo que se han impuesto, con contratos inseguros y de escasa duración, que limitan mucho las ganancias de los trabajadores. Se ha llegado a la situación absurda y abusiva de los contratos de cero horas, que dejan al trabajador completamente a disposición de la empresa para que ésta le llame a trabajar cuando quiera. Es una condición inferior incluso a la de la esclavitud, porque el propietario de esclavos como mínimo debía alimentarlos, y este tipo de contratos parciales e inseguros ni siquiera garantizan la alimentación. Otra parte del problema es el fenómeno migratorio, que no ha hecho más que empezar. Lo que ha ocurrido en los últimos meses es una broma: el gran problema es el de la población del África subsahariana, que crecerá a ritmos mucho mayores de lo que se había previsto. Muchos países se están quedando sin recursos, y dentro de cuatro días también se quedarán sin agua. Con el tiempo, el problema será mucho mayor. Lo que puede llegar a pasar ya se está viendo con la vía de salida desde Libia hacia Italia.

Otro de los grandes problemas actuales es precisamente la crisis ecológica.

En este ámbito, hay un dato que es absolutamente angustioso: la escasez de agua. Es un problema de unas dimensiones tan grandes que está derribando las fantasías de una revolución verde, que requeriría considerables cantidades de agua. Además, el cambio climático ha generado un aumento de la aridez. Todo junto llevará a que, a corto plazo, debamos repensar la manera de utilizar los recursos naturales, ya no para vivir en un mundo feliz, sino para sobrevivir. Una de las cosas que apenas se han explicado, por ejemplo, es que detrás del conflicto de Siria hubo una larga temporada de sequías y una disponibilidad cada vez menor de agua. Esta situación condujo a una gran cantidad de gente del campo a las ciudades, donde se fue produciendo el malestar que derivó en las primeras protestas contra el régimen de al-Ásad.

En un contexto de mercado con pocas barreras comerciales y producción transnacionalizada, ¿siguen siendo efectivas las políticas keynesianas de fomento de la demanda interna?

Hay elementos del discurso keynesiano que siguen siendo válidos. Los discursos antiausteridad más sensatos muestran hasta qué punto el descenso de la capacidad adquisitiva, que provoca el declive de la demanda interna, tiene efectos perniciosos para la economía. El keynesianismo se basó en una ilusión que no funcionó, sintetizada en la idea del "bienestar de nuestros nietos": la promesa de un crecimiento que conduciría a que al cabo de cien años trabajaríamos quince horas a la semana. Este discurso tenía una trampa: estaba construido sobre la base de los países desarrollados y no se planteaba que parte de su prosperidad dependía de las condiciones en que obtenían materias primas de los países subdesarrollados. Pero hay que destacar que la perspectiva de un bienestar colectivo cada vez mayor se ha hundido, sobre todo, a causa de la acumulación de recursos por parte de un sector muy reducido de la sociedad.

¿Es posible realizar una política económica efectiva dentro del euro? ¿La izquierda debería apostar por una salida de la moneda única?

Un instrumento fundamental para hacer frente a momentos de crisis era la política monetaria. Como ahora los Estados de la UE no pueden devaluar la moneda, han intentado lograr el mismo tipo de resultados por medio de políticas de austeridad, mucho más salvajes y contra las cuales es más difícil luchar. Es muy mal asunto estar sometidos a políticas económicas que vienen determinadas por unos espacios de decisión sobre los cuales no tenemos ninguna influencia. Cambiar esto desde dentro es muy difícil, pero creo que primero habría que ver cómo logramos cambiar las cosas que tenemos más a nuestro alcance. Después ya veremos si nos planteamos salir del euro o no.

¿Las elecciones del 27 de septiembre han refrendado la independencia?

Esto de la independencia en quince días es una fantasía. El gobierno de Madrid no la permitiría de ninguna manera y aquí no hay ninguna capacidad de resistencia. En una

entrevista me preguntaron: "¿Y si todos fuéramos a llevar nuestros impuestos a una oficina de la Generalitat?" Por un lado, ni La Caixa ni el Banco Sabadell lo harían. Por otro, vendría la guardia civil y recogería los impuestos. Se ha hecho un mal planteamiento, porque había una capacidad de movilización extrema si se hubiese planteado el derecho a decidir. Más que hablar de independencia, a mí me interesa hablar de capacidad de autogobierno, de obtener cuotas de autogobierno para luchar contra la desigualdad.

La necesidad de una historia comprometida

¿Cómo ves la historiografía catalana y española actual? ¿Los historiadores de izquierdas se limitan a combatir el discurso neofranquista?

Este es un combate importante. El discurso que pretende eliminar las culpas del franquismo (presentando dos bandos equiparables) no es neutro. También es importante realizar un discurso crítico sobre la Transición. Es precisamente esto lo que provoca el odio feroz hacia mí de Santos Juliá (historiador gallego), que ha sido un defensor de esta etapa histórica. Si hubiera gente de izquierdas, habría historiografía de izquierdas. El problema es: ¿dónde está actualmente la izquierda europea? Se me hace difícil asociar a Felipe González o Pedro Sánchez con nada que tenga que ver con la izquierda. Nuestra historiografía tuvo la suerte que durante los últimos veinte o treinta años, la euforia económica favoreció que hubiera un buen reparto de becas y proyectos de investigación, lo cual permitió avanzar de manera considerable. Ahora nos hallamos en la situación contraria: una vertiente del discurso de la austeridad es señalar la inutilidad del conocimiento para el crecimiento económico.

Hace poco, Santos Juliá escribía, en referencia a tu libro La formació d'una identitat, que hacías historia "a modo de un nacionalista romántico". ¿Es por este tipo de comentarios que no quisiste que tu libro se tradujera al castellano?

Lo que hace Santos Juliá es tomar una cita concreta y sacarla del contexto, prescindiendo completamente del argumento de fondo. El problema es muy simple: estamos en una batalla política y, en consecuencia, a mí me toca recibir los palos. La razón para no querer traducir el libro es otra. Normalmente, las ideas que tiene la gente, tanto sobre la realidad del grupo en que vive como de su historia, dependen más de creencias que de razonamientos. El público al que va destinado este libro no necesita que le expliques que hay una gente que son los catalanes que tienen un sentido de identidad como pueblo. Pero a un lector español, que ha recibido una educación distinta —no sólo en la escuela, sino cotidianamente, a través de los medios de comunicación, a través de todo su entorno—, habría que situarle por medio de un contexto de historia española mucho más desarrollado. Por esto me parecía que el libro, simplemente traducido al castellano, era una provocación para un lector castellano medio.

¿Tiene sentido hacer una historia de Cataluña —o de cualquier otro pueblo— que empiece antes del surgimiento del nacionalismo (catalán, en este caso)?

Creo que sí. Hay un momento, en torno a mil años atrás, en que un conjunto de gente se siente catalana, no como nación, porque este es un concepto que no existía, pero sí como una comunidad. Todos hablan una misma lengua, lo cual entonces no se daba en la Corona de Castilla, y menos aún en Francia. El hecho de compartir una cultura, una lengua, crea un sentimiento de identidad muy pronto. Lo que he pretendido es explicar la evolución histórica de esta cultura, que no tiene nada que ver con la mística, con la tierra o con la sangre, sino sencillamente con el hecho de que vivir en común crea lazos culturales que se acaban transmitiendo a través de los tiempos. Es esto lo que explica el milagro de la supervivencia durante el franquismo, después de cuarenta años de represión.

Has sido muy crítico con la historia y las ciencias sociales que utilizan conceptos demasiado abstractos, así como con el marxismo dogmático. La batalla contra este tipo de discursos, ¿aún debe ganarse?

Cuando partimos de un conocimiento muy amplio, es necesario cierto grado de sistematización. Pero raras veces las cosas se pueden explicar en blanco y negro. Hay una tendencia a vender fórmulas baratas que parece que explican todas las cosas; y esta tendencia no ha desaparecido, por el contrario, prolifera. Lo que hace el marxismo dogmático es manejar categorías en vez de analizar gente. Es un planteamiento que hizo especial fortuna en Francia en los años 60. Para mí, en cambio, el modelo es el propio Marx. Cuando estaba trabajando en el tercer volumen de *El Capital*, en una carta escribió que no podía completar el volumen hasta que no viera cómo acababa la crisis que vivía Gran Bretaña en aquellos momentos, hasta que no hubiera "consumido teóricamente la realidad". Lo que debemos hacer es analizar la realidad, consumir teóricamente la realidad. Y, afortunadamente, hay una tradición historiográfica marxista que va en esta línea. Yo, por ejemplo, siempre he sido un entusiasta de autores como E. P. Thompson, que toca el territorio real en que vive la gente y trata de explicar qué le pasa. Hay que hacer una historia concreta y crítica que parta de los problemas reales de la gente.

Fuente original:

"Josep Fontana: 'Hem arribat a nivells de desigualtat similars als dels anys 20'", *Directa* (Barcelona), 20 octubre 2015.

<https://directa.cat/josep-fontana-hem-arribat-nivells-de-desigualtat-similars-als-dels-anys-20>